

Fragmento del 28 de junio de 1914

traducción de Ariel Dilon

“*Los senos se solazan en el domingo*”, se burló Ramón, con voz cantarina. “*Se hinchan... se...*”, no sabía cómo decirlo con la ironía suficiente, “*... se abomban*”, había encontrado, “*¡se esponjan!*”.

Llevaba un momento siguiendo a una muchacha alta, cuyo avance expansivo, exagerado, provocador, parecía ocupar, delante de él, todo el ancho de la acera en la calle Velásquez. Pero él también se quedaba detrás, con sus dos medialunas calentitas en la mano. A decir verdad, desde que la había visto, un poco antes, saliendo de la panadería, ya había tenido varias veces ocasión de alcanzarla. Pero cada vez, en el instante mismo de adelantarla había reculado. Y, a la recíproca, pese a que ella habría podido sentirse amedrentada, y haberse vuelto a injuriarlo como una madrileña quisquillosa, tampoco debía de desagradarle que él siguiera en esa posición, pues no hacía nada por dejarle libre el paso. Habría podido aminorar la marcha; sin hacerse decididamente a un lado, apartarse lo justo como para que él comprendiese que podía pasar... De ningún modo...

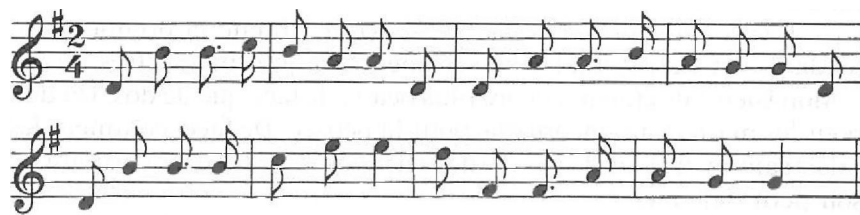
Pues... ¿por qué pensaba en sus senos, que ni siquiera veía, mientras que el espectáculo de su grupa, que tenía ante los ojos, podía colmarlo holgadamente? Eso se preguntaba. Descartó de entrada una preferencia espontánea por uno u otro de sus atractivos. Eso enfermaba. (Obsesivo, de buena gana, pero no enfermo.) Sobre todo porque la fase cruz no era menos digna de interés que la fase cara. Objetivamente. Debía de ser, según podía apreciarlo a través del vestido, un muy conveniente tren trasero, de nalgas llenas, bien marcadas, no más abultadas de lo debido y adecuadamente adosadas a sus caderas. Por lo demás, ¿había algo mejor que hacer –un mejor uso, un mayor placer a esperar– del par de globos de arriba que del de abajo? No lo creía. No. Honestamente. Por muchas vueltas que le diera a la cuestión, volvía a toparse siempre con esta llana verdad: ésta en la que se encontraba era su época “senos” y no “culo”.

Al aproximarse, la oyó tararear. Era una canción infantil que había aprendido, él también, en la escuela, y que celebraba las virtudes del gato doméstico. Le vino a la memoria la letra de la primera estrofa:

*“Un gatito tengo hermoso,
Lindo, juguetón, gracioso,
Que persigue a muerte vil
La canalla ratonil”*

¡Oh, Dios mío! Tan lejos había quedado, todo eso... Tan cerca... Sí. Ya había redactado varios capítulos: los senos en la playa (incompleto), los senos de las andaluzas, los senos de las hijas de las porteras, los senos durante el baile, los senos de aquellas que van a buscar el desayuno (para revisar), los senos bajo el hábito religioso (en preparación). Consagrarse a los senos era un trabajo del que no se cansaría nunca. Atarearse en darles forma, en reunirlos por familias, en unirlos de a pares, en alabarlos amorosamente hasta resumirlos en una fórmula, pero sin deformarlos, ni estropearlos, ni dejarlos solos o en paz, ¿existía una tarea más exaltante, una tortura más alienante y deliciosa a la vez? El culo de las mujeres vendría más tarde. Si él vivía lo suficiente para agotar la cuestión de sus senos. Si era lo bastante serio para no dejarse distraer de ellos. Tenía apenas veintitrés

años. No hacía más de una decena de años que cotejaba los atractivos de arriba. Que los recopilaba. Desde luego, había dedicado mucho tiempo a verificar, a revisar, a completar. Siempre, siempre en la tarea... Haciendo, deshaciendo. Retocando... Caramba, aquel pezón, ¡lo había olvidado! Sí, pero actualmente su propietaria estaba inhallable. Y aquélla, cuyo órgano era comparable, había partido muy lejos. Y la otra, pasada a otras manos... ¡Vaya! Había que encontrar alguna otra. Que aceptara. Que estuviera dispuesta. ¿A qué? ¿A mostrárselos? ¿A dejarle tomarlos? ¡Está usted muy equivocado! De otro modo era difícil. Una que quisiera *guardárselos*. Que aceptara no desembarazarse de su deseo, de la quemazón de su infatigable deseo, sacándolos a la luz o al aire libre, o incluso lanzándolos bajo su nariz. No. Esa no amaba sus propios senos. Era tan tonta y chata como un hombre, ¡ya fuera que ello la incomodara o no, en su calidad de mujer! Alguna que los amara. Que los desease lo bastante ella misma para soportar su calor quemante en los ojos concupiscentes de los hombres y en los –celosos– de las otras mujeres. Mejor. Una que se hiciera cargo, que se hiciera cargo físicamente del sacrificio de sentirlos consumirse al no ser vistos, al no ser desnudados, al no servirse de ellos... Raras, rarísimas eran esas mujeres. Madrileñas, sevillanas, bordelesas, londinenses o pekinesas. ¿Pero quién había dicho jamás que las mujeres fieles –fieles al don de Dios, desnudas propietarias de sus atractivos– fuesen numerosas en el vasto mundo?



Y, mientras soñaba, deambulando, en lejanas vestales, sucedió que Ramón alzó su nariz. Estupor. A la que caminaba delante de él, él la conocía. ¡Pero sí! Era Laura Colgante. La hija del cardiólogo. Increíble, ¿no? Un nombre como ese, un padre como ese, ¡para unos senos como aquellos! ¡Qué injuria le hacía a Laura la lengua materna! ¡Qué alianza inapropiada la del patronímico y la simiente familiar! Pues él nunca había visto unos senos que fuesen menos colgantes que los suyos. Senos tan redondos y llenos que estuviesen mejor suspendidos del pecho y de los hombros. Verdaderos carcajes. Lo sabía tan bien, la chica, que podía permitirse desafiar la gravedad, caminar con los brazos a los costados del cuerpo, o con los antebrazos muy separados, haciendo girar su bolsa como si dijera: “¿La suya aguantaría tanto tiempo así?”. Uno notaba que ella no tenía miedo. Ni del deseo de los hombres ni del miedo de los hombres; ni de su propio deseo; ni de su temor de caminar adelante en la más completa ausencia de deseo...

[...]

De pronto, sin que supiera cómo, se encontró a su altura. (Ella era dos o tres centímetros más alta que él.) Imposible echarse atrás. Y difícil, para uno y otro, ignorarse. Laura se volvió hacia él. Dobló los labios, intentando mimar la confusión en que la sumía ese encuentro imprevisto. Luego le sonrió con precaución, como a un enfermo.

“*Buenos días, señor Gómez de la Serna*, ella habló primero, dándole indolentemente a besar una mano que él halló muy blanda.

¡Dios mío!, eran todavía más hermosos de frente que de espaldas. Un desafío más aún para las manos que para el pensamiento. De frente, ¿cómo tomarlos sin adoptar el aspecto de estar limpiando unos vidrios o de sostener el caliente tazón del desayuno?

– *Buenos días, señorita Colgante y Motín*, respondió Ramón.

–...y *Misal*, corrigió la bella, pavoneándose. Decididamente, él era peor como papanatas por delante que como pícaro por detrás.

–... Y *Misal*, *dispense usted*, balbuceó Ramón.

Y se fue.